

La marcha por la Jungla del Capitán cordobés Gonzalo Ximénez de Quesada

Por Joaquín MORENO MANZANO

El pasado 16 de Febrero de 1979 se cumplieron cuatro siglos de la muerte en Mariquita (Colombia) del Adelantado Gonzalo Ximénez de Quesada. Hombre de armas y de letras constituye un ejemplo más, de la hermandad tantas veces hecha posible en nuestros grandes capitanes. Licenciado en Leyes en Salamanca, ejerció en Granada y Córdoba, donde la pérdida de un pleito familiar le impulsó, entre otras causas, a dejar la carrera y marchar a la aventura americana.

Son sus obras conocidas, «El Antijovio» escrito en defensa del César de los ataques de Paulo Jovio, Obispo de Náchera, «Los Ratos de Suesca», «Los Anales del Emperador Carlos V», desgraciadamente perdidos, era al paracer una obra histórica referente al tiempo que estuvo con el Emperador en las campañas europeas. «La diferencia de la guerra entre ambos mundos», «La Relación de la Conquista del Nuevo Reino de Granada», «Colección de Sermones para ser predicados en las festividades de Nuestra Señora», que se celebran cada sábado de cuaresma en Santo Domingo, Iglesia de Bogotá, en loor de los muertos en la campaña quesadina con una misa en la capellanía de los conquistadores, etc., etc.

Pero la faceta que hoy nos ocupa y admira es su proyección militar desgraciadamente tan poco conocida.

Los historiadores de la conquista americana, normalmente nos presentan a los conquistadores dentro de un formato general. El capitán, ven-

ciendo político-militarmente a un enemigo inmensamente superior en número, aunque carente de un armamento similar, y como principal arma disuasoria, el caballo.

Pero hay extremos que no se valoran y ello nos parece injusto. Ximénez de Quesada, antes de entrar en el molde común, ha pasado por pruebas que merecen su consideración.

Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Pedro de Valdivia, los tres capitanes que con Ximénez de Quesada tienen derecho a ser llamados los Julios Césares del Nuevo Mundo, según el historiador norteamericano Charles F. Lummis, tomaron contacto desde un principio con civilizaciones cuya existencia conocían. Quesada no. El pueblo chibcha estaba separado del exterior por una inmensa jungla, por barreras montañosas y llanuras ilimitadas. Más aún, se encontraba rodeado de feroces tribus salvajes alguna de las cuales —los panches— eran caníbales.

Juan de Castellanos, soldado en la expedición y luego sacerdote e historiador en TUNJA, dice al referirse a la dificultad de encontrar el camino, «éste claustro y circuito, una caja rodeada de grandes asperezas». El éxito no lo constituyen victoriosos combates, aunque los hubo, sino la superación constante de los obstáculos sin comunicación ni ayuda posible del exterior.

Sólo tuvo un muerto en lucha con la tribu antropófaga de los panches, todos los demás pertenecen a la lucha con la naturaleza.

Dice Castellanos:

«Vió menoscabada tanta gente
De graves calenturas y de llagas,
Causadas por las plagas del camino,
Garrapatas, murciélagos, mosquitos,
Voraces sierpes, cocodrilos, tigres,
Hambres, calamidades y miserias,
Con otros infortunios que no pueden
Bastantemente ser encarescidos.»

Un siglo más tarde dice Piedrahita:

«¡Oh, válgame Dios! que bastasen hombres de carne a romper doscientas leguas de monte espesísimo con sus propias manos, siendo tal su fragosidad y cerrazón que apenas bastaban todos juntos a romper una o dos leguas en un día».

Por ello, quisiéramos presentar la marcha que iniciara el 6 de Abril de 1536 desde Santa Marta, el licenciado cordobés GONZALO XIMENEZ de QUESADA —al frente de un grupo de españoles en el que figuraban más de un centenar de cordobeses— esbozando uno sólo de sus aspectos: la lucha con la naturaleza, sin otro precedente que conozcamos que la mantenida en la época del Emperador Inca Pachacútec con las tribus Antis y Chunchos, aunque sin someterlos.

El historiador Roberto Levillier en su obra «Los Incas» dice así: «Fiaban estos salvajes de que sus montañas imponentes, intransitables, húmedas y debilitantes, los protegerían siempre, como efectivamente fue. Los incas perdieron y ganaron batallas, tomaron prisioneros que llevaron consigo, cruzaron en varios sentidos el territorio, consiguiendo obediencias temporarias de algunos jefes, sin nunca ejercer substancial dominio. Sólo fue para ellos zona de influencia, pues la defensa natural de los yungas orientales, salvajes, sodomitas y antropófagos, fue la cordillera, de un frío glacial en las alturas, seguido en la otra vertiente, por un calor tropical agobiador, y una vegetación que volvía a cerrarse sobre los caminos abiertos, dificultando el contacto permanente y la rapidez de los socorros para las guarniciones de la frontera. Este obstáculo de la naturaleza no dejó a los incas disfrutar de la gran lonja de tierra, como si fuese propiedad suya.»

«Más —nos dice Sarmiento— como la montaña de arboleda era espesísima y llena de maleza, no podían romperla, ni sabían por donde habían de caminar para dar en las poblaciones que abscondidas mucho, estaban en el monte. Y para descubrirlas subíanse los exploradores en los árboles más altos, y a donde vian humos, señalaban hacia aquella parte. Y así iban abriendo el camino hasta que perdían aquella señal y tomaban otra. Y desta manera hizo el inga camino por donde parece imposible poderse hacer... Entró, pues, Toga Inga y los capitanes dichos en los Andes, que son unas terribles y espantables montañas de muchos ríos, a donde padeció grandísimos trabajos, y la gente que llevaban del Pirú, con la mudanza del temple de tierra, porque el Pirú es tierra fría y seca y las montañas de los Andes son calientes y húmedas, enfermó la gente de guerra

de Toga Inga y murió mucha. Y el mismo Toga Inga, con el tercio de la gente quéel tomó para con ella conquistar, anduvieron mucho tiempo perdidos en las montañas sin acertar a salir a un cabo ni a otro, hasta que Otorongo Acachi (se) encontró con él y lo encaminó.»

Posteriormente, de 1932 a 1935, la Jungla se convierte en campo de batalla en el GRAN CHACO. En la II G. M. vuelve nuevamente a serlo a través de la península de MALACA con la toma de SINGAPUR. Sírvanos sólo de elemento comparativo posterior esta acción de las fuerzas japonesas, sin olvidar en ello el recuerdo a los muertos. Su progresión también es similar.

Fuerzas de élite que llevaban varios años preparándose, no transportando más que la impedimenta indispensable, siendo abastecidas durante la noche por la flota, recorrieron 700 Kms. en 55 días. Sus bajas son producidas por la jungla, incinerándose los cadáveres —cuando es posible— para que las cenizas de los caídos llevadas a hombros de su compañeros, esten presentes en la hora de la victoria.

SINGAPUR se rindió sin lucha. Después la acción aliada en BIRMANIA y, finalmente, el sitio de DIEN BIEN PHU.

En todas estas acciones, tan distantes en tiempo y espacio el porcentaje de bajas es desolador. La naturaleza se encuentra a la defensiva y produce a las fuerzas más inquietudes que el adversario. El hambre, el agotamiento, las enfermedades, son un azote sólo comparable al que produce su inmenso y variado reino animal.

El que vence a la Jungla parece haber vencido ya al adversario.

La Jungla en la II G. M. iba a proporcionar las mayores sorpresas tácticas y estratégicas a los E E. M M. contendientes. Pero gracias a ello, y a su posterior estudio, podemos nosotros hoy valorar la dimensión exacta de lo que hiciera cuatro siglos antes el cordobés XIMENEZ DE QUESADA y un puñado de valientes que aún no han merecido el reconocimiento a tamaño empresa.

Veamos la marcha.

El Adelantado PEDRO FERNANDEZ DE LUGO, Gobernador y Capitán General de la provincia de SANTA MARTA, encarga a XIMENEZ DE QUESADA el descubrimiento y conquista de unos reinos situados en la cabecera del río MAGDALENA, poderosos por sus riquezas.

La expedición —como ahora diríamos— tiene en principio un carácter anfíbio. En tanto dos carabelas y cinco bergantines avanzan por el río, el Capitán cordobés y gran parte de sus hombres lo hacen por tierra. SOMPALLON, en las márgenes del MAGDALENA, es el primer lugar de encuentro de la expedición fluvial con la terrestre. Las penalidades han sido muchas para los navegantes, que sorprendidos por una borrasca al entrar en las bocas del MAGDALENA, pierden una carabela y un bergantín. La otra carabela fue a dar en la costa de CARTAGENA donde perecieron a manos de los indios caribes de la punta de MORROHERMOSO.

Nuevas naves y hombres se enviarán desde SANTA MARTA para suplir las bajas habidas.

Para los que avanzan por tierra, las jornadas han sido agotadoras. Continuar parece imposible.

Reunidos los expedicionarios por XIMENEZ DE QUESADA para decidir lo que se debía de hacer, la mayoría opta por regresar a SANTA MARTA. El dominico fray DOMINGO DE LAS CASAS convence a los menos animosos y se reanuda la marcha por tierra rompiendo monte con hachas y machetes y otros por agua luchando con chorros y palizadas de aquel desconocido río.

Creemos las mejores palabras las empleadas por el historiador colombiano JOSE MANUEL GROOT en su «HISTORIA ECLESIASTICA Y CIVIL DE NUEVA GRANADA», para expresar las penalidades a que hubieron de hacer frente.

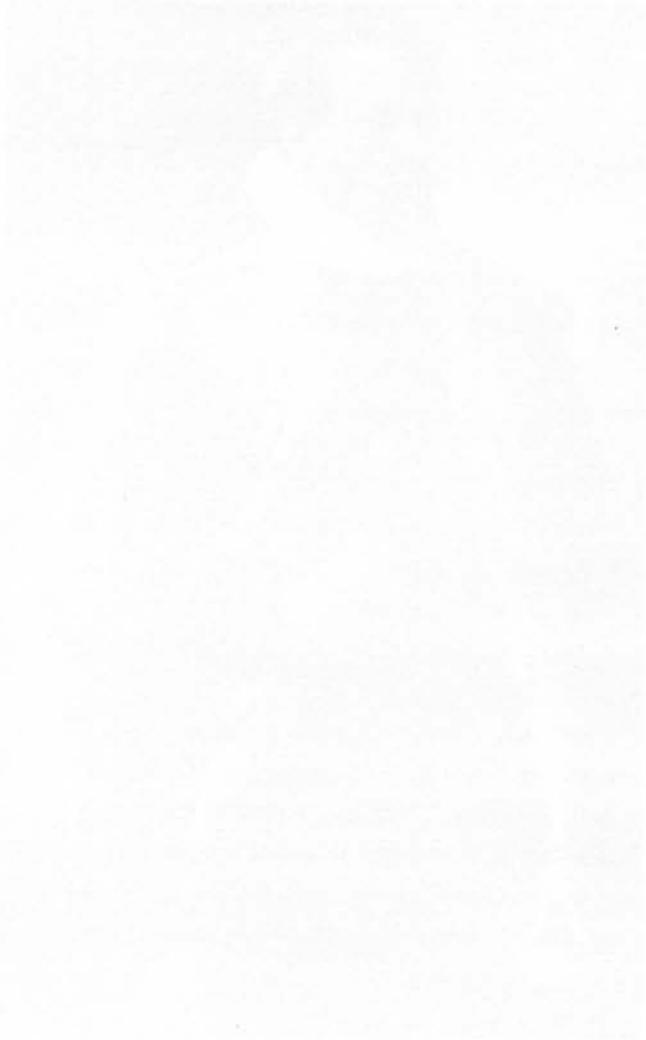
«Para juzgar del temple de estos conquistadores es preciso conocer prácticamente el MAGDALENA y sus márgenes; de otro modo no se puede formar idea de los trabajos de aquellos hombres. Pero todavía se puede decir más: nosotros, los que hoy viajamos por el país, no podemos formar idea exacta de aquellos trabajos, porque ni hoy están plagadas las

orillas del MAGDALENA de indios feroces, como entonces, ni el cauce del río nos es desconocido, como lo era para los primeros que lo subieron. Los que caminaban por tierra iban despedazándose las carnes y los vestidos entre las espinas y ramazones tan intrincadas, como que jamás la mano del hombre había pasado sobre ellas. En el desmonte que iban haciendo para abrir trocha se encontraban con los avisperos, enjambres de enemigos volantes de los cuales se veían atacados por millares al rebullir un árbol, y de cuyo aguijón, poco menos temible que la flecha de los indios, no podían escapar, siendo constantemente seguidos por una nube de estos implacables insectos cada vez que por su desgracia daban con una de estas colmenas, tan abundantes en aquellos montes. Seguíanlos también los tábanos, moscas que dan una punzada que hace saltar la sangre y es de lo más ardiente y dolorosa; baste decir que es bicho tan temido de los bogas, que los ponen en alarma cuando entra en un champán y no lo pueden cazar inmediatamente. Los ejércitos de mosquitos gegén, por el día y los millones de millones de zancudos por la noche, los rodeaban como una nube, punzandoles la cara, las manos, los pies, sin ser posible escapar de estas púas venenosas que producen un ardor é irritación violenta. Guarecíanse debajo de los árboles en las tempestades, y de los ardores de un sol abrasador; manteníanse con frutas silvestres y raíces desconocidas, de que se enfermaron y murieron muchos de ellos. Era tal el hambre que padecían, que hubieron de comerse, no sólo los perros y gatos que traían, sino que se comían los cueros de las vainas de las espadas; y hubo soldado, JUAN DUARTE, rodelero, que habiendose comido un sapo deforme que pudo coger, perdió el juicio inmediatamente y quedó enfermo para siempre. (1) A cada paso se hallaban con culebras enormes y venenosas, que se desenroscaban bajo sus pies; por la noche se veían a cada hora amenazados y asaltados por los tigres, de cuyas garras tantos fueron víctimas. Encontrábanse muchas veces con ríos, caños y esteros, que desaguardo en el MAGDALENA o saliendo de él, les atajaban el paso y obligaban a vadearlos o pasarlos a nado, y aquí era el lidiar con las bandadas de feroces caimanés, de que tanto abundan aún en el día de hoy aquellas aguas. La parte de la expedición que iba por agua, aunque no tan molestados por los bichos en el día, en la noche lo eran tanto como los que iban por tie-

(1) Clínicamente no puede admitirse la locura por la ingestión de una sustancia. La Locura tóxica sí. Este debió ser el caso de JUAN DUARTE al ingerir un sapo deforme tal vez por la gran cantidad de bufucolina depositada entre su carne y piel. Después, posiblemente, la picaresca hiciera el resto.



XIMENEZ DE QUESADA.—OLEO DE RICARDO ACEVEDO.—BOGOTA



rra, y tenían que ir lidiando con las peligrosas corrientes del río que formaban los peñones y palos caídos, y al mismo tiempo que tenían que vencer éstos peligrosos pasos a fuerza de palanca y cuerdas, tirando desde tierra, tenían que habérselas con numerosas canoas de indios flecheros que se les presentaban y les disputaban el paso. Aquí tenían el riesgo de las flechas envenenadas; el riesgo de caer al agua y ahogarse en aquellos remolinos, y el riesgo de los caimanes. Todos éstos trabajos del día se coronaban con una noche aciaga de tormentas casi continuas por ser mes de invierno, comidos de los zancudos y amenazados de los tigres, culebras, alacranes, etc.»

La llegada a TORA, poblado que fue tomado al asalto, representa el segundo lugar donde pudo terminar tan gran empresa. Los expedicionarios tuvieron que lamentar la pérdida de algunos compañeros muertos de fiebre y disentería, otros, mordidos de culebras, o comidos de tigres y caimanes. Sus cadáveres eran arrojados al río MAGDALENA donde servían de pasto a los cocodrilos, los cuales atacaban tan furiosamente a los vivos, que se prohibió a los hombres debilitados que se acercasen a las orillas.

Amotinados, tuvieron que ser convencidos por el Capitán MORALES Y VALENZUELA, posiblemente cordobés, y los buenos oficios de fray DOMINGO DE LAS CASAS.

QUESADA hizo lo que HERNAN CORTES, mandar volver las embarcaciones a SANTA MARTA con los enfermos y heridos. Ya no cabía más que el triunfo o la muerte. Esta expedición de regreso compuesta de unos 150 hombres, fue víctima de una emboscada a la que los condujo un indio bautizado. Sólo 20 de ellos pudieron llegar a SANTA MARTA.

Y aquí en TORA va a empezar la lucha contra un elemento más: la montaña. El tiempo reinante aumenta el esfuerzo y el riesgo, pues las lluvias que eran continuas, formaban pantanos y atolladeros difícilísimos de atravesar. Era tal la fragosidad de la sierra de OPON que en algunos pasos fue necesario izar los caballos con cuerdas. El hombre que queda atrás no vuelve a reunirse con sus compañeros. Menos FRANCISCO TORDEHUMOS que confesado y abandonado a su suerte con la recomendación de que rezara el rosario cada día, encontró fuerzas inexplicables para poder continuar e incorporarse a la expedición. En acción de gracias y terminada la conquista, entre otras obras pías, hizo

llevar un Cristo de España. El Santo Cristo de la Expiración.

La marcha hasta TORA ha seguido sensiblemente el curso de los ríos como única vía de penetración posible. Agotados de caminar por suelos pantanosos, de donde recibieron la denominación de «la finca de Satán», la terrible sierra de OPON representará una nueva serie de privaciones y sufrimientos. La llegada a la cumbre mejorará su estado de salud y de ánimo. Los animales también lo acusarán.

Estos hombres se van a mover ahora en altitudes comprendidas entre los 2.600 mts. en la sabana del BOGOTA y los 3.500 mts. y 4.000 en sus páramos. Después de tanto sufrimiento, el mal de la montaña o de la puna, el soroche andino, ya no parece causar efecto en sus cuerpos.

Y se cruza la montaña y se llega al pueblo de UBASA donde el capitán manda hacer un recuento de efectivos. Las cifras sobrecogen el ánimo. De los ochocientos hombres que partieron de SOMPALLON quedan menos de doscientos. De los indios bagajeros reclutados en SANTA MARTA no queda ninguno. Los ochenta y cinco caballos se han reducido a sesenta y cuatro.

Poco después, un nuevo y desconocido mal les obliga a detenerse: las nigüas. Una india de las que se unieron a los españoles, compadecida del sufrimiento de un soldado extrajo con un alfiler de oro tan terribles enemigos de sus pies. Conocido el remedio, pudieron los españoles hacerles frente y continuar la marcha, siendo recibidos y obsequiados en pueblos importantes. Desde las alturas de SUESCA dieron vista a la hermosa sabana de BOGOTA.

La disciplina de estas fuerzas debió de ser tremenda. Se da la orden de respetar a los indios amigos. Y aquí en SUESCA se acusa al cordobés JUAN GORDO —de BELALCAZAR— de haber robado unas mantas de algodón a unos indios. Fue condenado y ejecutado a garrote. Posteriormente se averiguaría su inocencia.

Esta muerte que nunca olvidaría el conquistador, enseñaría a los indios, que los españoles eran mortales como ellos, determinando su decisión de presentarles batalla.

Dice al respecto Fernández de Piedrahita «Con la facilidad que la admiración se introduce por los sentidos con la ocasión de representárseles cosas extrañas, con la misma desecha el ánimo espantoso, cuando la continuación de la vista las vá calificando por comunes; y así, aquellos bárbaros que a los principios no osaban de amedrentados abrir los ojos para ver los españoles, en llegando por la comunicación y trato a desengañarse de que el caballo y jinete eran sujetos distintos y de que todos ellos eran mortales como se reconocía por el fin violento de JUAN GORDO y por las señas de flaqueza y amarillez con que llegaron a VELEZ, fueron perdiendo los temores que tenían concebidos, y divulgando que eran hombres puros tan sujetos como ellos a los vicios y miserias humanas y que los caballos que regían eran venados grandes llevados de otras partes para servirse dellos en las ocasiones que se hallaban fatigados, y volviendo en sí de los pasados sustos, y en confianza de su valor antiguo, se determinaron muchos de los principales a probar hasta dónde llegaba el esfuerzo de aquellos pocos peregrinos, que ya marchaban con poderoso bagage y criados que le sirviesen...»

A partir de ahora habrá que hacer también frente a grandes contingentes de indios que pertenecen a pueblos ricos y valientes que cuentan con ejércitos bien organizados.

Los españoles establecen alianzas y ganan gloria y regalos ayudando a los Chibchas contra sus feroces enemigos los Panches, cuyas costumbres era devorar a sus cautivos en el mismo campo de batalla.

Un nuevo suceso turbó la vida en el campamento español. De pronto se volvieron locos cuatro españoles, y luego otros, y, por último deliraban 40 hombres: se consiguió curarlos, y se enteraron de que las mujeres indias utilizadas por ellos como criadas les habían puesto en los alimentos un poderoso tóxico, que solía administrarse a los que habían de ser enterrados vivos en los sacrificios humanos.

En ZAPAQUIRA tiene lugar el primer encuentro de la vanguardia con fuerzas del ZIPA o señor de BOGOTA. Tremenda lucha donde la caballería salvó la situación en último extremo. A la mañana siguiente 40.000 guerreros se oponían a los invasores en las proximidades de la CASA-FUERTE de CAJICA. El Zipa TISQUESUSA se hizo conducir al campo de batalla llevado en andas guarnecidas de oro y esmeraldas.

Al frente de sus formaciones portaban en andas las momias de sus antepasados ilustres a la manera que en las crónicas de España se refiere algo del cuerpo embalsamado del Cid Campeador, o como de la pretensión vana de Carlos de Guntand refieren las historias francesas. El combate fue cruento y una vez más la caballería cargando al mando de XIMENEZ DE QUESADA, rompió las formaciones enemigas y decidió la victoria. Esos caballos andaluces bien merecieron ser calzados con herraduras de oro, aunque ésto se hiciera sólo por falta de hierro.

Y continúa la marcha hasta alcanzar la ciudad de BOGOTA donde entran triunfantes 166 españoles y 62 caballos. El ZIPA con las 300 mujeres de su harén y su tesoro había desaparecido. Habían recorrido 800 leguas en doce meses justos.

Lo que dicho en otras cifras representa el 80% de bajas españolas, el 100% de las indígenas y el 27% de los caballos desde la salida de SOMPALLON. Contabilizando las bajas sufridas por la flota en las bocas del MAGDALENA y las posteriores a manos de los indios caribes, y en la expedición de regreso de las naves, el número de muertos es muy superior. Las 800 leguas representan 4.458 Kms. contados sobre el eje de marcha.

El día 6 de Agosto de 1538 a caballo, y con la espada en alto, funda XIMENEZ DE QUESADA, SANTA FE en el lugar de TEUSEQUILLO. Al nuevo reino le dió el nombre de NUEVA GRANADA. La ceremonia la hace en nombre del Emperador CARLOS V. Su primer párroco fue fray DOMINGO DE LAS CASAS, el dominico que tanto se había distinguido en los momentos difíciles. Y éste fraile realiza una colecta para fundar una Capellanía en memoria de los que habían perdido la vida en el descubrimiento y conquista de aquellas tierras.

Muchas jornadas quedan aún de marchas, contramarchas y combates, pero nosotros nos detenemos aquí porque la Jungla ya ha sido superada.

Este puñado de valientes a los que hoy recordamos en Gonzalo Ximénez de Quesada y esos cordobeses, que a mediados del año 1535 fue reclutando a tambor batiente en ésta ciudad de Córdoba, los sentimos en el corazón al recorrer nuestras calles y nuestras plazas, el puente romano y la Calahorra, la puerta de Almodóvar y la de Sevilla de donde partía el

camino para embarcarse hacia la gloria... o la eternidad. Ellos son el germen, con los aborígenes, de la actual población colombiana.

CORDOBA casa de guerrera gente y de sabiduria clara fuente, como cantara el poeta, fué también una realidad en el Reino de NUEVA GRANADA para gloria de ESPAÑA y de los cordobeses.

BIBLIOGRAFIA:

- Ante el próximo centenario de Gonzalo Ximénez de Quesada.
José Valverde Madrid.
- Una gesta cordobesa. El descubrimiento y la conquista del Nuevo Reino de Granada.
José de la Torre y del Cerro.
- Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada.
José Manuel Groot.
- Historiografía Indiana.
Francisco Esteve Barba.
- Los Conquistadores Españoles.
F. A. Kirkpatrick.
- La Ilusión de la Seguridad.
Egon Eis.
- Los Incas (Historia Indica. Pedro Sarmiento de Gamboa 1571).
Roberto Levillier.